

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

La recepción del exilio republicano español en México: conflictos ideológicos e imaginarios colectivos.

Pérez Vejo, Tomás (Instituto Nacional de Antropología , Historia).

Cita:

Pérez Vejo, Tomás (Instituto Nacional de Antropología , Historia). (2007). *La recepción del exilio republicano español en México: conflictos ideológicos e imaginarios colectivos*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/762>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 21 de Septiembre de 2007

Mesa Temática Abierta: **Mesa 83 *Historia y Memoria de los exilios latinoamericanos y españoles en el siglo XX***

Autor: **Tomás Pérez Vejo**

Universidad, Facultad y Dependencia: **Instituto Nacional de Antropología e Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Posgrado en Historia y Etnohistoria**

Dirección, teléfono, fax y dirección de correo electrónico: tvejo@yahoo.com

Título: **La recepción del exilio republicano español en México: conflictos ideológicos e imaginarios colectivos**

1. PRESENTACIÓN

Los exilios plantean, en el ámbito iberoamericano, problemas que van mucho más allá de los que tienen que ver con el desarraigo o el sufrimiento de las personas implicadas. El papel de los exiliados ha sido en estos países, desde el mismo momento del nacimiento de la modernidad política, fundamental en los intercambios político-culturales y en la creación de una cultura política de una cierta homogeneidad transnacional. Como consecuencia, ha habido en la recepción de estos exilios un fuerte componente de conflicto interno ya que los exiliados se han visto de manera casi inmediata integrados en el debate políticos nacional.

En el caso del exilio republicano español nos encontramos con que este debate tiene mucho que ver no sólo con un problema ideológico, izquierdas/derechas, sino también con un debate no definitivamente zanjado sobre el propio ser de México como nación y el lugar de España y lo español en este proceso de construcción nacional.

Esta ponencia propone un acercamiento a la recepción del exilio español a partir del doble plano de un conflicto ideológico y de un conflicto identitario y del lugar que los exiliados republicanos tuvieron en ambos.

2. EL MARCO DE UN PROBLEMA

Enfrentarse al exilio republicano español en México es, de partida, enfrentarse a un mito colectivo y no a un problema histórico. La bibliografía es ingente, especialmente del lado mexicano, y las conclusiones historiográficas han terminado por cimentar una especie de leyenda dorada con todos los ingredientes de una novela ejemplar: de la generosidad del

pueblo mexicano con la España peregrina a la aportación de los intelectuales españoles a su nueva patria de adopción.

Los mitos, como ya afirmara Durkheim, son sólo mitos. No son ni falsos ni verdaderos. Pero, en muchos casos, tienden a resaltar lo accesorio, ocultando lo importante. Y en este caso, lo importante, desde la perspectiva de la larga duración histórica, es que el exilio español en México no es un hecho aislado. Se incluye en un complicado proceso de las relaciones México-España, o más precisamente de México con España, o incluso de México con su propia historia. Unas relaciones que han sido, sin duda, unas de las más conflictivas que ninguna de las repúblicas surgidas en los territorios de la vieja Monarquía Católica ha mantenido con la antigua metrópoli. El exilio español en México es un capítulo más de esas complejas relaciones. No es un episodio aislado sino que se enmarca en un largo proceso que se venía arrastrando desde el momento de la independencia sino desde fines de la colonia.

Antes de seguir adelante quizás sea necesario precisar y matizar algunos de los “a priori” en los que descansa el mito del exilio republicano. El primero, previo al exilio, tiene que ver con la idea de una sociedad mexicana clara y mayoritariamente favorable a los republicanos durante la Guerra Civil española, confundiendo así el claro posicionamiento del gobierno cardenista con el de una opinión pública bastante menos unánime en sus apoyos a uno u otro bando.

Los grandes periódicos de la época, como por ejemplo *El Excelsior* y *El Universal*, mantienen planteamientos ambiguos, cuando no explícitamente favorables a los franquistas. En general la moderada línea editorial comparte páginas de opinión con artículos que son auténticos panfletos contra la “barbarie roja”. El tono profranquista de los artículos de opinión habituales en estos grandes periódicos queda perfectamente reflejado, es sólo un ejemplo entre muchos, en lo escrito por Alfonso Junco en *El Universal* del 27 de mayo de 1939:

¿Por qué surgió la guerra?

Ante la invasión del bolchevismo en España [...]; ante el desenfreno de incendiarios y asesinos bajo la complicidad o impotencia del gobierno; ante el caos social que despedazaba todo derecho, toda garantía, toda dignidad, toda eficaz defensa por vías legales, brotó la insurrección de un pueblo resuelto a vivir. Y a vivir con honor. [...]. A mi me parece natural en todo hombre recto -no digamos en todo cristiano-, una actitud de admiración y simpatía para quien ha limpiado de carroña bolchevique su patria¹.

¹ JUNCO, Alfonso, “¡Arriba España!”, *El Universal*, 27 de mayo de 1939.

No son tampoco inhabituales los artículos de opinión en los que se cuestiona la actitud favorable a la República del gobierno mexicano, tanto desde el punto de vista de los principios como desde el de los intereses de México:

Errores de apreciación sobre el carácter de la guerra en España -especialmente el error de admitir que el pueblo estaba del lado de los rojos- impidió que usted ejerciera una misión que le correspondía como jefe de una nación y como líder demócrata.

¿Qué va usted a hacer, C. Presidente, después de haberse negado [...] a aceptar las victorias del nacimiento español y las causas raciales, políticas y espirituales que las han hecho posibles?²

Precisar la postura de la sociedad mexicana ante la Guerra Civil española es importante porque pone en cuestión la imagen, aceptada habitualmente, de una solidaridad inmediata de México con los derrotados republicanos, a los que previamente habría apoyado de manera incondicional durante la contienda. La realidad es que muchos sectores mostraron, por el contrario, una activa solidaridad con los alzados contra el gobierno de la República y, como consecuencia, una postura bastante recelosa frente a los exiliados.

Los otros tres “a priori” tienen que ver ya con el exilio propiamente dicho. El primero, con la forma como los exiliados españoles fueron recibidos en México. Sí es cierto que la política de Cárdenas con respecto al exilio republicano contó con el apoyo público de la influyente CTM (Central de Trabajadores Mexicanos) de Lombardo Toledano; la del propio PRM (Partido de la Revolución Mexicana), el posterior PRI, que organizará mítines por todo el país explicando las ventajas que la acogida a los exiliados tenía para México; y también la de los periódicos cercanos al gobierno, como *El Nacional*. No es menos cierto que hubo también amplios sectores que mostraron sus reticencias, cuando no un rechazo frontal, a la decisión de permitir la entrada de los exiliados españoles. Es el caso de la mayoría de la prensa, y *El Universal* podría ser un buen ejemplo, para la que la facilidad con que se estaba aceptando a los exiliados españoles era peor que una inconveniencia, era un error.

El error era primero económico, ni la agricultura, ni la industria, ni las actividades terciarias mexicanas tenían capacidad suficiente para absorber tan importante número de trabajadores. Pero, sobre todo, era un error político: los exiliados, agitadores profesionales en su mayoría (y me estoy refiriendo a las afirmaciones de la prensa conservadora), podrían interferir negativamente en la, en esos momentos, precaria paz social de los mexicanos³. Pero no sólo la prensa mostró su desacuerdo con la autorización dada por el gobierno de Lázaro

² Dr. Atl “Debe unificarse América frente a la barbarie” (Carta abierta al presidente de la República), *La Prensa*, 2 de marzo de 1939

³ “Sección editorial. No lo creemos”, *El Universal*, 25 de marzo de 1939. El título hace referencia a unas declaraciones de Álvarez del Vayo en las que se afirmaba que el gobierno mexicano había ofrecido recibir a 30.000 familias españolas.

Cárdenas a la llegada de los exiliados. Hubo también una cierta oposición social, importante si consideramos las condiciones políticas del México del momento, que se reflejó en la organización de manifestaciones de rechazo, distribución de panfletos en contra de los refugiados o posicionamientos explícitos de algunas instituciones. Fue el caso, entre otros, de la Confederación de Cámaras de Comercio e Industria, que el 18 de marzo de 1939 hizo una declaración pública en la que mostraba su disconformidad con la posible inmigración de “quince mil extranjeros, muchos de ellos semitas y otros mercenarios de la sangrienta lucha española”⁴; del Partido Nacional de Salvación Pública (una de las múltiples agrupaciones políticas que el Partido de la Revolución Mexicana toleró para mantener las apariencias democráticas), que en una nota enviada a la prensa el 2 de abril de 1939 se opone a que se reciban españoles sin antes solucionar el problema de los miles de mexicanos que esperaban a ser repatriados en los Estados Unidos; o de la Liga de Defensa Campesina del Distrito Federal, ésta desde dentro del sistema, que elevó una protesta al presidente de la República, además de por los habituales motivos económicos, por la cesión que se había hecho a los exiliados de la Casa del Agrarista. Es también perceptible un cierto rechazo popular, que aflora esporádicamente en los medios de difusión y que queda perfectamente reflejado en un comentario de *La Prensa*, un típico periódico amarillista y popular, en el que se afirma que “el OCHENTA POR CIENTO de los mexicanos está en contra de esta invasión de españoles”⁵.

El segundo “a priori” sobre el exilio español es su importancia cuantitativa. Pareciera que no habría habido españoles en México con anterioridad a la llegada del “Sinaia”. Cuando lo cierto es que una de las características más peculiares presencia española en México es justamente su persistencia a lo largo del tiempo. Desde mediados del siglo XVIII, todavía en la época de la colonia, y prácticamente con la única excepción de los primeros años de vida independiente, los emigrantes españoles se van sucediendo, generación tras generación, hasta formar parte integrante e imprescindible del paisaje social mexicano. Sin el abarrotero (tendero de ultramarinos) español, con boina y nombre estrambótico (Venancio sería un buen ejemplo), la sociedad mexicana del siglo XIX y principios del XX perdería uno de sus elementos más característico. El peso de los españoles en la vida económica y social del México anterior a la llegada de los exiliados fue importante, y no sólo en el ramo de abarrotes. El gachupín estaba distribuido por todo el país, era una imagen presente para todos los mexicanos, y poseía además, en el imaginario de éstos, rasgos claramente definidos e

⁴ Reproducido en “Quince mil inmigrantes son una amenaza para la nación”, *Excelsior*, 19 de marzo de 1939.

⁵ XOCHITL, “La inmigración de españoles”, *La Prensa*, 4 de julio de 1939. Las mayúsculas son del periódico.

identificables: poderoso económicamente, conservador, católico, prepotente, inculto, avaro, cruel, etc. El exiliado no llegaba por lo tanto a un territorio virgen, su imagen como español le había precedido y no le quedaba otro remedio que adaptarse o rebelarse contra ella⁶.

El tercer “a priori” es cualitativo. Aún cuando se acepte que hubo una importante emigración española a México anterior a la llegada de los republicanos, subyace la idea de que la gran diferencia estribaría en las características de una y otra emigración. Frente a la tradicional emigración económica de campesinos semianalfabetos un exilio intelectual de profesores de universidad. Esto esconde también una verdad a medias, o una media mentira. Primero el exilio republicano no fue tan “intelectual”. Como ha mostrado Dolores Pla Brugat⁷, basándose en una muestra del 25% de los llegados a Veracruz, sólo el 28% de los exiliados se podían clasificar como “intelectuales”, y esto utilizando el término en sentido bastante laxo (profesionales, maestros, etc.), el resto eran obreros y campesinos. Lo llamativo es que esto ya fue conocido por la opinión pública mexicana en el mismo momento en que se produjo la llegada de los exiliados. No fue ningún secreto. La imagen se construyó en contra de las evidencias, en contra de lo que se estaba viendo. Así en el mítico “Sinaia”, según una noticia de prensa del momento, viajaban: “600 campesinos, 400 obreros, 50 intelectuales, 150 individuos que se dedican a diversas actividades y 600 parientes de los anteriores, entre mujeres, niños y ancianos”⁸. Pero, sobre todo, y es lo que me interesa destacar, la presencia de la cultura española y de los intelectuales españoles en México es muy anterior a la llegada del exilio republicano. Es constante prácticamente desde el mismo momento de la independencia. Sólo por poner algunos ejemplos, Zorrilla vive en México durante 11 años; Pelegrín Clavé, el pintor nazareno catalán, ocupa el cargo de director de pintura en la Academia de San Carlos durante 20 años, siendo el principal responsable de la resurrección de la misma después de su refundación por Santa-Anna; Valle Inclán también vive unos años en México;... Pero con todo no son estos grandes nombres lo importante. Lo importante son gentes como Telesforo García, un curioso y polifacético personaje de la vida mexicana de finales del XIX⁹; como

⁶ Resulta significativo a este respecto el que una parte de los exiliados republicanos intentaran desmarcarse desde muy pronto del concepto de gachupín. Ellos eran españoles, los gachupines eran los otros. Hay aquí tanto, como se verá más adelante, un trasfondo ideológico, como una marca de clase.

⁷ PLA BRUGAT, Dolores, “Características del exilio en México en 1939” en LIDA, Clara E., (Coord.), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

⁸ “Serán acomodados en cuatro entidades los primeros 1.800 emigrados que envía España”, *Excelsior*, 30 de mayo de 1939

⁹ Amigo de Emilio Castelar, el político liberal español decimonónico, con quien mantuvo un rico intercambio epistolar, inspiró uno de los personajes del *Tirano Banderas* de Valle Inclán. Fue un activo periodista en el México de la segunda mitad del siglo XIX: fundó *El Centinela Español*; fue redactor, junto con Ignacio Altamirano y Justo Sierra, de *El Precursor*; y director de *La Libertad. Diario Liberal y Conservador*.

Anselmo de la Portilla, también como el anterior periodista, quien llegó a ser director de *El Diario del Imperio* con Maximiliano; como Casimiro del Collado, un más que relevante poeta; y un largo etcétera de “intelectuales” que unen a su condición de emigrados un trabajo de cierta relevancia social y cultural. Ni todos los exiliados republicanos fueron intelectuales, ni todos los inmigrantes anteriores a ellos analfabetos.

No son los exiliados republicanos los primeros intelectuales españoles en México y, sobre todo, no son ellos los que inician las relaciones intelectuales entre España y el México independiente. La vida intelectual mexicana del XIX había tenido continuos contactos con la de la península, ya desde los inicios de la vida independiente: el hispano-mexicano Conde de la Cortina (nacido en México de familia de origen cántabro se nacionalizó español en 1847) desarrolló una intensa actividad critico-literaria a caballo entre México y Madrid ya en las primeras décadas del México independiente; los artículos de Balme o de Donoso Cortés son reproducidos de manera habitual en los periódicos conservadores mexicanos de la década de lo cuarenta; de Castelar se reproducen no sólo sus artículos sino hasta sus interminables y soporíferas intervenciones parlamentarias; y así un largo etcétera que nos llevaría hasta justo los años previos a la República y la Guerra Civil en los que los contactos en ambos sentidos (Alfonso Reyes, Rafael Altamira, etc.) fueron suficientemente intensos como para facilitar en gran medida la posterior incorporación del exilio intelectual español en México¹⁰.

Es cierto, sin embargo, que este carácter “intelectual” de la emigración republicana y su importancia para la presencia de la cultura española en México es resaltada ya desde los primeros momentos, y no siempre con un carácter positivo. Cabría incluso preguntarse hasta que punto la imagen de un exilio de intelectuales no tuvo su origen precisamente en los grupos de opinión contrarios a que los exiliados republicanos se asentasen en México. La prensa más conservadora el usa el término intelectual con un matiz claramente despectivo. En vez de “aquellos individuos que estuvieran dispuestos a trabajar de verdad”¹¹, que el gobierno había prometido, llegaban “intelectuales”, y en tal número que el tono irónico resultaba inevitable:

De las informaciones de la prensa independiente se desprende que una gran mayoría, casi la totalidad de los mil setecientos que acaban de desembarcar, es de intelectuales [...]. Siempre hemos tenido la más alta idea de la intelectualidad española y hemos reverenciado como el que más al genio hispánico, pero nunca pudimos imaginar que hubiese tantos intelectuales en la Madre Patria [...]. Aquí nos veríamos en

¹⁰ Sobre este último aspecto véase PEREA, Héctor, *La rueda del Tiempo*, México, Editorial Cal y Arena, 1996.

¹¹ “Sección editorial. Lo que debe venir y lo que no debe venir de España”, *El Universal*, 5 de junio de 1939.

un verdadero aprieto para reunir tantos intelectuales en un momento dado, aún incluyendo entre ellos a ciertos líderes con pujos oratorios y periodísticos¹².

Más adelante, es posible que los mismos republicanos españoles contribuyeran a difundir, de forma interesada, la imagen de un exilio intelectual. Era una marca de clase, una manera de distinguirse de la vieja colonia española con la que, como veremos en su momento, las relaciones, al menos en los primeros momentos, distaron de ser idílicas.

Lo que quiero indicar con todo esto es que se ha exagerado la importancia cualitativa y cuantitativa del exilio español en México y que para entender su significado exacto para la sociedad mexicana, es necesario contextualizarlo en el complejo entramado de relaciones, filias y fobias, en que el exilio, cosa que seguro ignoraban los propios exiliados, vino a insertarse.

Los principales factores que van a estar gravitando sobre el complicado mundo de relaciones y reacciones encontradas al que tuvieron que hacer frente los exiliados son los siguientes:

a) La hispanofilia/hispanofobia como elemento central del debate político-cultural en la vida pública mexicana. Por encima de cualquier otra consideración los exiliados eran españoles y esto los situaba en un lado del debate.

b) El antigachupinismo de las clases populares mexicanas para las que el gachupín enriquecido es la imagen arquetípica del capitalista cruel y desalmado que chupaba la sangre a los honrados trabajadores mexicanos.

c) Las conflictivas relaciones con una colonia española, mayoritariamente profranquista. La fractura de la guerra Civil afectó también a los españoles que vivían fuera del país. En el caso de México, dadas las características socioeconómicas de los españoles residentes en el país, parece que el sentimiento favorable a los franquistas fue claramente mayoritario.

d) La crisis económica que plantea la llegada de los exiliados como el típico conflicto entre trabajadores nativos desplazados por los extranjeros, agravado en el caso del México de los años 30 por el problema de los repatriados de Estados Unidos.

e) Las tensiones ideológicas en el seno de la sociedad mexicana. En un momento de radicalización política, la II Guerra Mundial estaba a punto de estallar, el antifascismo radical de algunos líderes obreros, especialmente del dirigente de la CTM Lombardo Toledano, tiene su respuesta en una derecha que, aunque no necesariamente profascista, y esto en algunos

¹² PARRA, Gonzalo de la, “Las roja intemperancias de los refugiados”, *El Universal*, 16 de junio de 1939.

casos es dudoso, ve en el comunismo al gran enemigo. El apoyo de Lombardo Toledano a los exiliados coloca a estos inmediatamente en el campo comunista.

3.1. HISPANÓFILOS E HISPANOFOBOS

El problema de la hispanofilia y la hispanofobia en el debate político e intelectual de México va mucho más allá de un problema de las relaciones de México con España. Es, principalmente y muy por encima de cualquier otra consideración, un problema interno de la sociedad mexicana. Una especie de guerra civil latente y mal resuelta. En el proceso de construcción nacional iniciado en México a finales del siglo XVIII, entre las múltiples opciones que toda invención nacional permite, dos fueron la hegemónicas. Una, la conservadora, que, un poco a la manera norteamericana de los “Peregrinos”, considera que la historia de México comienza con la conquista y, consecuentemente, México como nación era heredero de la colonia; otra, a la que podemos denominar liberal ya que fueron los liberales del siglo XIX los principales responsables de su configuración definitiva aunque su proyección va mucho más allá del liberalismo decimonónico, para la que la esencia de México como nación eran las civilizaciones prehispánicas y, como consecuencia, la colonia sólo un oprobioso y desgraciado paréntesis al que la independencia habría puesto justo final.

Ambas visiones comparten una misma imagen de España, aunque, obviamente, con valoraciones distintas. La católica España de los conservadores es el modelo a imitar, mientras que la católica España de los liberales es el obscurantista y cruel país de la Inquisición y la Leyenda Negra. La Revolución exacerbó algunos de los rasgos más peculiares y conflictivos de las relaciones México-España¹³ y asumió como propio el proyecto

¹³ Para las relaciones México-España, incluidas las relaciones de la colonia española con la Revolución, durante el periodo revolucionario véanse FLORES TORRES, Oscar, *Revolución Mexicana y diplomacia española. Contrarevolución hispana en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1995; GONZÁLEZ LOCERTALES, Vicente, “La colonia española en México durante la revolución maderista, 1911-1913”, en *Revista de la Universidad Complutense*, XXVI: 107 (ene.-marzo), 1977, 19-36; ILLADES, Carlos, *México y España durante la Revolución Mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985; ILLADES, Carlos, *Presencia española en la revolución mexicana (1910-1915)*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1991; KNIGHT, Alan J., “Nationalism, Xenophobia and Revolution: The Place of Foreigners and Foreign Interests in Mexico, 1910-1915” Tesis de doctorado. Oxford, Oxford University, 1974; LIDA, Clara (Comp.), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1994; MAC GREGOR, Josefina *México y España: del porfiriato a la revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992; MAC GREGOR, Josefina, “Agentes confidenciales en México: España y su primer contacto oficial ante la revolución constitucionalista”, en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, 24 (sep.-dic.), 1992, pp. 75-106; MAC GREGOR, Josefina, “México y España: de la representación diplomática oficial a los agentes confidenciales, 1910-1915”, en *Historia Mexicana*, L: 2 (198) (oct.-dic.), 2000 pp. 309-330; RICHMOND, Douglas W. “Confrontation and Reconciliation, Mexican and Spaniards,

liberal, y especialmente el del liberalismo popular, el más intransigentemente hispanófono, por lo que, al menos en la retórica oficial, el discurso indigenista e hispanófono se convirtió en claramente hegemónico.

En la polémica entre conservadores y liberales la influyente colonia española estuvo, por múltiples motivos, aparentemente obvios (desde la autoidentificación los españoles con los antiguos conquistadores hasta el estatus socioeconómico de muchos de ellos), mayoritariamente del lado de los conservadores. En el tumulto de la Revolución sus simpatías, y en muchos casos no sólo simpatías sino también sus apoyos, estuvieron claramente a favor de la reacción. Lo que, entre otras consecuencias, llevó a una nueva explosión de hispanofobia, siempre latente entre las clases populares mexicanas del siglo XIX y XX, especialmente virulenta entre los años 1913 y 1915¹⁴; y también, posiblemente, a radicalizar el discurso hispanófono de la construcción nacional del México revolucionario. El México que sale de la revolución es un México indígena y prehispánico en el que lo español se convierte, no en elemento constitutivo de la nacionalidad mexicana, sino en el otro contra el que ésta se construye. Un imaginario nacional que quedará perfectamente ilustrado en el muralismo de inspiración vasconceliana. Esto por lo que respecta al discurso oficial, porque en la sociedad civil el conflicto siguió sin resolverse y la hispanofilia, la idea de que lo español forma parte substancial, y positiva, de la nacionalidad mexicana, sigue presente con gran fuerza entre las élites conservadoras.

El estallido de la Guerra Civil española produce unos ciertos desajustes, aunque relativos. La derecha sigue siendo hispanófila, obviamente del lado franquista, y la izquierda, o esa peculiar izquierda mexicana nacida de la Revolución, sobrepone al discurso nacional lo que podríamos denominar un discurso de clase: es solidaria con la República española, pero no en cuanto española, sino en cuanto que es una república de trabajadores. Los viejos argumentos hispanófilos e hispanófobos están, sin embargo, siempre a punto de aflorar y además el debate vuelve a tener vigencia política por dos hechos, ajenos a la Guerra Civil española, que habían vuelto a poner de actualidad el tema de la hispanofilia o la hispanofobia. El uno, el “cisma” de Vasconcelos, quien se había enfrentado al aparato del partido con un discurso ideológico en el que el problema de la identidad nacional tenía lugar preponderante; el otro el desafío de Gómez-Morín, quien a finales de la década de los treinta

1910-1920”, en *The Americas*, XLI: 2 (oct.), 1984, pp. 215-228; y ZULOAGA RADA, Marina “La diplomacia española en la época de Carranza: Iberoamericanismo e hispanoamericanismo”, en *Historia Mexicana*, XLV: 4 (180) (abril-junio), 1996, pp. 807-842.

¹⁴ Esta explosión de pudo deberse en parte a causas ajenas a la propia colonia española, especialmente la actitud de embajador español Bernardo Jacinto de Cologan y Cologan en el golpe de Estado contra Madero.

funda un partido político en el que los viejos temas conservadores, incluida la hispanofilia, son, al menos en sus orígenes, omnipresentes. No es necesario precisar que aunque incidan en el mismo sentido estamos ante dos fenómenos en ningún caso equiparables. La oscura retórica, casi me atrevería a decir falangista, de la raza cósmica de Vasconcelos poco o nada tiene que ver con la hispanofilia de Gómez-Morín¹⁵, ésta dentro de la más pura tradición conservadora mexicana. Sin embargo, ambos tienen en común el uso político que hacen del hispanismo, lo que coloca a éste, una vez más, en frente del poder político. La oposición vasconcelista había utilizado el hispanoamericanismo como bandera frente al callismo; mientras que pocas dudas caben de que la defensa de la tradición española, hecha explícita por Gómez-Morín a la vuelta de un viaje por la España de la dictadura de Primo de Rivera en una conferencia titulada “España fiel”¹⁶, era una forma de distanciarse del partido en el poder. Ambos discursos, por lo tanto, contribuyen a poner nuevamente de actualidad el problema de España en la vida pública mexicana. Incluso las contradictorias y ampulosas afirmaciones de Vasconcelos parecen decantarse en torno a estos años, aun en contra de su anterior exaltación de la raza cósmica, por un criollismo que, en el contexto mexicano, es una implícita afirmación de hispanofilia.

También, desde otros ámbitos, la retórica imperialista de la Falange sirvió para reavivar el conflicto. Las vacuas llamadas a la reconstrucción del imperio dieron lugar en México, por delirante que pueda parecer, a una larga polémica, sobre el sentido exacto que se debía de dar a las soflamas falangistas. Para los hispanóforos, eran una prueba de las ambiciones imperiales de España en América, y esta no debía de ser sólo la opinión de pequeños cenáculos periodísticos cuando los exiliados del “Sinaia” fueron recibidos, nada más bajar a tierra en Veracruz, con un discurso del Secretario de Gobernación en el que se explicaba porque la política de reconstrucción del imperio era imposible¹⁷. Para los hispanófilos las declaraciones de la Falange debían de ser interpretadas en el sentido de una comunidad espiritual, en la que ellos creían tanto como los seguidores de José Antonio, capaz de hacer frente al expansionismo anglosajón. Una interpretación en la que el “Imperio” falangista entroncaba directamente con el hispanoamericanismo tradicional de los hispanófilos mexicanos.

¹⁵ Criollo de primera generación, era hijo de uno de los múltiples campesinos del norte de España, cántabro en su caso, emigrados a México y convertidos en abarroteros.

¹⁶ Posteriormente se publicaría en forma de libro.

¹⁷ *Discurso del Secretario de Gobernación a los refugiados del “Sinaia”* (partes del discurso fueron reproducidas por prácticamente toda la prensa mexicana).

Los exiliados llegan pues en un momento de reactivación del debate de México sobre sí mismo y cuando la polémica sobre España vuelve a tener nuevamente vigencia política. El debate, es una constante en el problema de los exiliados republicanos españoles, sorprende a contrapié a sus protagonistas. La prensa de derechas, tradicionalmente hispanófila, se sitúa en contra de los exiliados; mientras que la de izquierdas, hispanófoba por tradición, se posiciona a favor.

En el caso de la prensa conservadora la idea de fondo es que estos rojos, y en eso coincidirían con la propaganda franquista, no eran verdaderamente españoles. Obviamente no era esa la opinión de los sectores progresistas para los que éstos eran los verdaderos españoles y no los que el país había tenido que soportar estoicamente durante siglos.

Resulta curioso comprobar, sin embargo, como la vieja hispanofobia antigachupina pervive intacta, a pesar de todo, en la prensa de izquierda mexicana. La única diferencia es que ahora hay también unos españoles buenos, los exiliados republicanos, pero los españoles malos, los viejos gachupines siguen siendo tan malos como antes, sino peores. Ahora, fruto del momento histórico, no sólo son gachupines sino también fascistas.

3.2. GACHUPINES (ABARROTEROS, USUREROS Y DE DERECHAS) CONTRA EXILIADOS (INTELECTUALES, GENEROSOS Y DE IZQUIERDAS).

El antigachupinismo de las clases populares mexicanas¹⁸, que pervive hasta bien entrado el siglo XX, tiene también su origen último en las peculiares características de la construcción nacional de este. Una construcción nacional que reservaba al español el papel de verdugo, el del otro contra el que se había construido México. A lo largo del siglo XIX la implicación de los españoles en la vida política del país, casi siempre del lado de los conservadores, y, sobre todo, el éxito económico de algunos de estos inmigrantes españoles, servirá para exacerbar aún más un antigachupinismo visceral que encontrará su medio de expresión habitual en la prensa popular y en numerosos panfletos y hojas sueltas que circularon sobre las cualidades, malas, de los oriundos de la Península Ibérica¹⁹. En la prensa popular este antigachupismo siguió vivo durante buena parte del siglo XX y, desde luego, estaba todavía activo en el momento de la llegada de los exiliados. A finales de la década de

¹⁸ Para un ejemplo concreto de antigachupinismo en las clases populares mexicanas véase GAMBOA OJEDA, Leticia, “De “indios” y “gachupines”. Las fobias en las fábricas téxtiles de Puebla”, en *Tiempos de América*, 3-4, 1999, pp. 85-98.

¹⁹ Una revista como *El Hijo del Ahuizote*, cuyo xenofóbico subtítulo de “México para los mexicanos” da una idea aproximada de su tono, se especializó en este tipo de literatura

los treinta no es difícil encontrarse todavía en esta prensa con la imagen del español rico, poderoso y prepotente.

Esta imagen popular negativa tenía su contrapeso en la de unas clases altas para las que, manteniendo el estereotipo sociológico, los elementos que definían al gachupín adquirirían matices más favorables, cuando no claramente positivos. El cruel y avaro explotador de los panfletos populares se convertía, prácticamente, en el prototipo de empresario moderno del que tan necesitada estaba la economía mexicana.

En este contexto la llegada de los republicanos encontró a la sociedad mexicana con el paso cambiado. La tradicional hispanofobia de las clases populares se vio enfrentada a una emigración que era de los “suyos”; mientras que la hispanofilia de la clase alta conservadora tuvo que enfrentarse al reto de unos españoles que eran rojos, ateos y masones. El nuevo español que llegaba al puerto de Veracruz no era un joven patán campesino, aspirante a abarrotero, católico y de derechas; sino un emigrante urbano, intelectual, aspirante a profesor, agnóstico y de izquierdas. Sobre esta trama se tejieron y destejieron las filias y fobias, las fantasmagorías colectivas de los diferentes sectores de la sociedad mexicana.

Para los conservadores estos recién llegados, a diferencia de los anteriores, no venían dispuestos a trabajar, en el mejor de los casos venían a competir con los nativos por trabajos cualificados en el periodismo, la docencia o la investigación; en el peor, eran sólo agitadores profesionales, políticos en el peor sentido del término, que lo único que harían sería envenenar aún más las ya de por sí conflictivas relaciones sociolaborales del México del momento.

Para la izquierda, por el contrario, finalmente llegaban unos españoles dignos de respeto, no avariciosos abarroteros, interesados únicamente en arañar unos cuantos pesos a los exhaustos bolsillos de los trabajadores mexicanos, sino generosos intelectuales y luchadores sociales dispuestos a contribuir a la construcción de una sociedad más justa y solidaria.

Eran las dos Españas pero en versión mexicana. La España de abarroteros y usureros, la de gachupines fascistas, contra la España progresista de los intelectuales republicanos (versión de izquierdas); la España de honrados inmigrantes católicos, que con su iniciativa trabajo y honradez habían hecho progresar la economía del país, contra los agitadores comunistas que venían a vivir del erario público (versión de derechas).

A veces esta retórica de las dos Españas se ve desbordada por el hecho de que, finalmente, ambas estaban formados por españoles y la imagen del español estaba demasiado definida en el imaginario mexicano como para difuminarse tan fácilmente en lo que no eran sino abstracciones ideológicas. Fascistas o comunistas, abarroteros o intelectuales, los

españoles tenían unas señas de identidad físicas y morales que los hacían perfectamente identificables y, por encima de todo, y esto era prácticamente un estigma de nacimiento, eran en el imaginario popular, o mejor eran vistos como, los descendientes de los conquistadores. Una caricatura de Inclán resume perfectamente los problemas la sobreposición física y moral de la imagen del gachupín sobre la del exiliado. Representa un gachupín típico (boina y barba cerrada, le falta el puro en la boca) dirigiéndose a un mexicano también típico (calzado con guaraches): “Si señor, los que ayer fuimos conquistadores de tu raza, ahora somos los más fieles “hermanos de tu sangre”²⁰.

3.3. ROJOS CONTRA FRANQUISTAS.

Uno de los problemas a los que tuvieron que hacer frente los exiliados republicanos fue el hostil recibimiento de sus compatriotas españoles. La profunda fractura que la Guerra Civil había producido en la sociedad española afectó también a los españoles de la emigración, divididos, lo mismo que en la Península, entre rojos y nacionales. En el caso de México la colonia española se decantó, tal como ya se ha dicho de forma clara y mayoritaria del lado franquista. La ruidosa celebración que en todos los centros regionales españoles y en el Casino Español de la ciudad de México se hizo de la entrada de las tropas franquistas en Madrid²¹ deja bastante pocas dudas al respecto. Cosa bastante lógica si tenemos en cuenta sus peculiares características de grupo económicamente poderoso e ideología conservadora.

Con estos antecedentes no es de extrañar que para la mayoría de los antiguos residentes españoles los recién llegados fueran, por lo tanto, antes rojos que españoles y que, al menos en algunos casos, se opusiesen activamente al permiso de entrada dado a los refugiados. Así, por ejemplo, en las manifestaciones que se produjeron en Orizaba el 16 de julio de 1939 en contra de los refugiados españoles, fue acusado de instigador de las mismas el español Paulino Martínez.

La prensa más conservadora resaltará continuamente el mal recibimiento dispensado por la Colonia a los recién llegados. Un intento claro de mostrar el carácter indeseable de estos “milicianos”, es el término preferido en los periódicos de este sesgo ideológico, que hasta eran mal recibidos por sus compatriotas²².

²⁰ INCLÁN, “Caricatura nacional. Lo que va de ayer a hoy”, *La Prensa*, 15 de junio de 1939.

²¹ Véase, como ejemplo, “Celebran los españoles de México la caída de Madrid”, *Excelsior*, 29 de marzo de 1939.

²² “Milicianos maltratados”, *El Universal*, 2 de julio de 1939.

Sin embargo da la impresión de que las relaciones entre emigrantes y exiliados son mucho más matizadas de lo que un primer acercamiento podría hacer creer y la prensa conservadora quiere mostrar; incluso de que, finalmente, la solidaridad nacional acabó por imponerse a la fractura ideológica. Esto pudo ser así ya en los primeros momentos cuando en la prensa conservadora, en esos momentos con una postura claramente contraria a la llegada de los republicanos, aparecen ya algunas declaraciones de españoles (era esta prensa, una vez desaparecidos los periódicos españoles que existieron durante todo el siglo XIX, el medio habitual de expresión de la colonia española) en las que se hace una declaración explícita de solidaridad nacional: “Yo no me meto en si el Gobierno mexicano hace bien en hacer esto que hace [ayudar a los intelectuales españoles exiliados en México]. Como español que soy, se lo agradezco desde lo más íntimo de mi corazón. Lo mismo si son rojos que si son blancos. Son españoles, y españoles que valen”²³.

A partir del momento en que la prensa conservadora, pasado el susto de los puños en altos del “Sinaia”, comienza a mostrar, como ya se verá, una postura favorable hacia los republicanos españoles, comienza también a ser visible, aproximadamente a partir del verano de 1939, el interés de los diferentes centros regionales españoles en México por colaborar en el establecimiento en el país de los “otros” españoles en las mejores condiciones posibles. Es probable, incluso, que parte de esta solidaridad de origen se hubiese dado ya en el mismo momento de llegada de los exiliados, especialmente en los más localistas centros regionales, donde estos lazos eran mucho más fuertes.

3.4. OBREROS MEXICANOS CONTRA OBREROS ESPAÑOLES.

Es este uno de los aspectos más novedosos y enrevesados de la llegada de los exiliados españoles. Novedoso porque el problema nunca se había planteado en estos términos en la vida pública mexicana. El gachupín era, bien el inmigrante con iniciativa capaz de poner en explotación las enormes riquezas del país (versión conservadora); bien el vil explotador de las clases populares mexicanas (versión popular). Pero siempre un empresario, no un competidor de los trabajadores mexicanos.

Enrevesado porque crea, ya desde el principio, un problema para los grupos obreristas, los más firmes partidarios de la apertura de fronteras al exilio republicano, que tienen que hacer frente a una sorda protesta de sus propias bases para las que los recién llegados están poniendo en peligro su estabilidad laboral. La protesta será instrumentalizada con gran

²³ J.D.M., “Intelectuales españoles en México”, *Excelsior*, 29 de marzo de 1939

habilidad por la prensa conservadora que argumentará, tanto el incumplimiento por el gobierno de sus promesas de que los exiliados no iban a desplazar a los trabajadores nativos, como la preferencia que en todo momento debían de tener los trabajadores nacionales sobre los extranjeros²⁴. La misma lógica es la que está detrás de las continuas noticias en la prensa conservadora sobre la oposición de los trabajadores mexicanos a la incorporación de los exiliados españoles al mundo laboral. Las informaciones sobre choques entre trabajadores mexicanos y españoles son casi diarias durante los primeros meses de la llegada de los exiliados²⁵.

Especialmente relevante, por lo que tienen de desmitificadoras con respecto a la acogida que en los medios académicos se hizo al exilio intelectual, son las que tienen que ver con la contratación de profesores por la principal universidad del país, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). El asunto había sido llevado por las autoridades educativas con una falta de tacto sorprendente. Ante los bajos salarios del profesorado universitario y frente al problema de algunos nombres de gran relevancia académica, la solución fue redondear sus salarios con un dinero extra que pagaría la recientemente creada Casa de España. La interpretación inmediata fue que el gobierno mexicano (el presupuesto de la Casa de España dependía del Estado) estaba pagando más a los españoles por el hecho de ser españoles, cuando no por el de ser rojos²⁶. La polémica sobre la contratación de profesores españoles por las universidades mexicanas se extendió a toda la prensa del momento, en general con un posicionamiento negativo sobre las facilidades que se estaban dando a los profesores españoles. Sólo los periódicos más afines al gobierno cardenista mostraron un apoyo sin fisuras a favor de la misma, argumentando, básicamente, la altísima calidad científica del exilio republicano²⁷.

Pero el problema no afectó sólo a los profesores de la Universidad Nacional Autónoma, más persistente y de mayor alcance fue el conflicto entre los médicos republicanos y el Sindicato de Médicos Cirujanos del Distrito Federal. El conflicto comenzó a gestarse incluso antes de la llegada en masa de los exiliados. Ya el 8 de mayo de 1939, y con motivo del anuncio de que varios médicos checoslovacos querían establecerse en México, el

²⁴ “Sección editorial. Inquietudes por la inmigración”, *El Universal Gráfico*, 9 de junio de 1939

²⁵ “Dificultades con los Refugiados en Veracruz”, *El Universal*, 5 de julio de 1939; “Un escándalo por rivalidades con los refugiados”, *El Universal Gráfico*, 12 de julio de 1939; “Españoles recibidos hostilmente en San Rafael y Anexas”, *El Universal Gráfico*, 13 de julio de 1939;...

²⁶ “Sección editorial. Lo cortés no quita lo patriótico”, *El Universal Gráfico*, 17 de junio de 1939; PALLARÉS, Eduardo, “Los Universitarios Postergados”, *El Universal*, 13 de junio de 1939.

²⁷ GONZÁLEZ GUZMÁN, Ignacio, “Los intelectuales españoles en la vida cultural mexicana”, *El Nacional*, 22 de marzo de 1939.

Sindicato de Médicos Cirujanos del DF dirigió una nota al Gobierno²⁸ en la que, además de proponer que a los médicos checoslovacos y judíos se les enviase inmediatamente a lugares donde no hubiese médicos, se ponían una serie de condiciones para el establecimiento de médicos españoles, cuya llegada se consideraba eminente. “Por considerarlos de la misma raza” las condiciones no eran tan duras como las impuestas a checoslovacos y judíos, pero sí limitaban significativamente el ámbito del ejercicio profesional. Para los médicos “reconocidos como verdaderos hombres de ciencia” se propone su ingreso como profesores en las diferentes Escuelas de Medicina del país, con la condición que sólo se dediquen a la docencia y que en ningún caso se les permita ejercer la medicina cobrando. Podrían, eso sí, atender gratuitamente a los indigentes que no pudiesen pagar los servicios médicos. Es decir, se les permitía integrarse en la profesión siempre que no entrasen en competencia con los médicos mexicanos. Para el resto de los médicos españoles se propone su envío a zonas rurales dentro del sistema de salud pública del gobierno.

La nota no debió de tener demasiado efecto ya que un anuncio, pagado por el sindicato y de tono bastante más virulento, aparecido en los primeros días de noviembre en los periódicos de la Ciudad de México, mostraba el malestar sindical en torno al tema de los médicos españoles:

a) En contra de las promesas del gobierno y de las propias recomendaciones del sindicato los médicos españoles no habían sido enviados a zonas carentes de médicos sino que se habían establecido en las grandes ciudades, entrando en competencia con los médicos nativos.

b) Los médicos españoles cobraban cuotas más altas, haciendo creer a la opinión pública que su formación era mejor que la de los nativos.

c) Algunos médicos españoles estaban ejerciendo la medicina sin que se hubiese reconocido su título en México.

d) Los médicos españoles mostraban una actitud despectiva, desde el punto de vista profesional, hacia sus colegas mexicanos.

En resumen, el gobierno no estaba respetando las obligaciones que se había impuesto, perjudicando así a los trabajadores mexicanos, y los exiliados españoles, gachupines al fin,

²⁸ Las citas entrecomilladas que aparecen a continuación están tomadas de la reseña que se hace de la nota en “El conflicto médico”, *La Prensa*, 8 de mayo de 1939

mostraban una actitud de superioridad frente a los médicos nativos (“colocan al médico mexicano en situación de inferioridad”²⁹) que resultaba ofensiva.

Frente a estas y otras críticas, el propio gobierno afirmará una y otra vez en que las condiciones de admisión establecidas garantizaban que ningún trabajador mexicano iba a ser desplazados por la llegada de los exiliados³⁰.

El día 2 de abril de 1939 la Secretaría de Gobernación hará pública una nota en la que, después de declarar que el objetivo perseguido con la admisión de emigrantes españoles es “crear nuevas fuentes de riqueza y vigorizar la economía nacional”, se establecen los criterios que deberían seguir los funcionarios encargados de hacer la selección de los refugiados españoles en Francia: que dispongan de dinero suficiente para mantenerse hasta estar instalados en el país; que no entren en competencia con los trabajadores mexicanos; que no supongan distraer recursos de la repatriación de los mexicanos de Estados Unidos; que se prefiera a aquellos que puedan fomentar actividades económicas no suficientemente desarrolladas (pescadores gallegos y vasco y agricultores de las zonas más cálidas básicamente); que se comprometan a vivir lejos de las capitales y centros de alta población urbana; y que acepten el compromiso de vivir y trabajar en los lugares que se les señale. Se hace una pequeña aclaración sobre los intelectuales de “alto valer”, que tendrán que ser aceptados, y sobre la preferencia por motivos ideológicos, personas afines al régimen político mexicano, y de edad y estado civil, solteros de ambos sexos en edad productiva. La idea es bastante clara, se trataba de convencer a la opinión pública de que en ningún caso la aceptación de los exiliados iba a tener efecto negativo alguno sobre los trabajadores mexicanos. No era tanto un acto de solidaridad como de interés nacional.

La prensa afín al régimen insistirá en que se estaban respetando los criterios (formación, tipo de actividad económica, etc.) y ubicación geográfica de lo exiliados, lo que aseguraba que no estaban siendo una competencia para los trabajadores nativos³¹. También en que, y no deja de resultar paradójico que sea la prensa más obrerista la que se haga frecuentemente eco de ello, los republicanos no llegaban con las manos en el bolsillo, sino con importantes capitales que les permitirían dinamizar una economía tan falta de ellos como la mexicana. Parece, incluso, que en algunos momentos la imagen de unos republicanos que llegaban con los tesoros del Banco de España en las bodegas de los barcos fue bastante

²⁹ *A los Señores Médicos refugiados españoles*, anuncio aparecido en varios periódicos el 28 de noviembre de 1939..

³⁰ Declaraciones de Ignacio García Téllez, Secretario de Gobernación, al *Excelxior* 20 de marzo de 1939.

³¹ “No serán un problema. Los españoles que vengan crearán nuevas fuentes de trabajo”, *El Nacional*, 2 de abril de 1939.

popular. A veces da incluso la impresión que mientras para la derecha los exiliados son una masa de familias proletarias huyendo de la miseria, para la izquierda son un selecto grupo de políticos y ex milicianos en busca de un lugar donde establecerse, pero sin problemas económicos³². La prensa cercana al Gobierno reafirmará esta imagen con frecuentes noticias, oportunamente destacadas, sobre las inversiones de los exiliados en diferentes ramas productivas. Una forma de mostrar como lejos de ser un problema económico estaban contribuyendo a resolver los problemas económicos del país. Finalmente los exiliados eran incluso un buen negocio. Se esperaba además que estas inversiones, que introducían nuevos métodos y sistemas de trabajo, fuesen un estímulo para la modernización del sistema productivo mexicano en su conjunto.

La otra línea de defensa fue la insistencia en que los exiliados estaban siendo ubicados en lugares débilmente poblados del interior de la República, con el objetivo de poner en cultivo las extensas zonas baldías que existían en el país. Se retomaba así la vieja política de colonización de los desiertos poblacionales del norte del país que tanta tinta había hecho correr, como necesidad económica y geoestratégica, al menos desde mediados del siglo XIX, a la vez que se aseguraba que ningún trabajador mexicano fuese desplazado de por los recién llegados.

Como trasfondo de esta polémica aparece siempre el problema de los repatriados mexicanos. La crisis económica en los Estados Unidos había dejado sin trabajo a muchos de los mexicanos emigrados anteriormente a aquel país y el gobierno, al menos esa era la opinión de algunos sectores, no había puesto demasiado interés en solucionar su posible repatriación. La acusación, más o menos velada, era que estaba prestando más atención, por motivos de afinidad ideológica, a los republicanos españoles que a los propios trabajadores mexicanos emigrados a Estados Unidos. Mientras el problema de los trabajadores mexicanos se venía arrastrando desde años atrás y no se había encontrado forma de resolverlo, al de los exiliados españoles, incluso más importante en número, se le había encontrado salida en poco más de un mes.

Sólo en el caso de la combativa CTM de Lombardo Toledano el asunto de los exiliados se plantea como un problema de solidaridad de clase. No se trataba de puestos de trabajo para los nacionales o los extranjeros sino de militancia proletaria, de internacionalismo

³² “Millones de pesetas para nuestro país”, *La Prensa*, 6 de abril de 1939.

obrero. De acuerdo con esto, tanto los problemas migratorios como los intereses nacionales deben de ser completamente eliminados del debate³³.

3.5. COMUNISTAS CONTRA FALANGISTAS.

La llegada de los exiliados coincide en el tiempo, en México y en el resto del mundo, con un momento de radicalización ideológica en que el enfrentamiento, no sólo verbal, entre fascistas y comunistas polariza gran parte de la lucha política.

Para la prensa conservadora no cabía ninguna duda de que los exiliados republicanos eran la quinta columna comunista que los rojos mexicanos, y muy especialmente el líder de la CTM, Lombardo Toledano, querían utilizar como fuerza de choque en su lucha por la conquista del poder. Los refugiados españoles no eran los derrotados de una guerra local, sino los luchadores de un conflicto de ámbito planetario; su derrota en España no era un punto y final, sino el punto y seguido de la batalla del comunismo por la conquista del mundo. Una caricatura aparecida en el periódico *La Prensa* a mediados de marzo de 1939 con el título de “Armas mortíferas” muestra perfectamente esta idea. Representa a dos milicianos, una vez entregadas las armas en la frontera francesa, que mantienen el siguiente diálogo: “Refugiado español .-¿Qué vamos a hacer ahora, sin armas? El otro.- ¡Propaganda!”³⁴.

Una vez que empiezan a llegar los primeros refugiados, los periódicos conservadores insistirán en que los exiliados republicanos que estaban llegando a México eran sólo los líderes rojos derrotados en España y en que, acorde con lo anterior, no llegaban como exiliados en busca de amparo, sino desafiantes, en busca de venganza. Unos combatientes comunistas que explícitamente muestran su intención de participar en la lucha política, tanto mexicana como española³⁵. Los refugiados que llegan a Veracruz no son los derrotados defensores de la República española, son las aguerridas fuerzas de choque del comunismo internacional que han convertido a América, y a México en particular, en su próximo objetivo y campo de batalla, “El soviétismo [...] deshecho en España, derrotado en Francia [...] impotente en China, se derrama ahora sobre América”³⁶. En este mismo sentido habría que entender la manera en que la llegada de los exiliados es presentada por la prensa conservadora. Todo el protagonismo de la organización del recibimiento a los exiliados, especialmente en el caso del “Sinaia”, es para la C.T.M. y para su líder Vicente Lombardo

³³ “La C.T.M. cooperará eficazmente para la venida de los exiliados”, *La Prensa*, 4 de abril de 1939.

³⁴ INCLÁN, “Caricatura internacional. Armas mortífera”, *La Prensa*, 13 de marzo de 1939.

³⁵ Sección editorial, “Líderes no, Sólo refugiados”, *El Universal*, 10 de julio de 1939.

³⁶ Dr. Atl “Debe unificarse América frente a la barbarie” (Carta abierta al presidente de la República), *La Prensa*, 2 de marzo de 1939.

Toledano. Pareciera que había sido Lombardo Toledano y no Cárdenas quien había autorizado su venida a México.

Una sorda polémica, sorda porque nadie se atreve a acusar directamente a Cárdenas, tiene lugar con respecto a los criterios seguidos para seleccionar a los exiliados. La prensa conservadora insistirá, una y otra vez, en que estos deben basarse “en principios de humanidad, cultura, sociología y demografía”³⁷ y no por otros de afinidad ideológica o militancia política. También lo hará sobre como, en contra de lo que se había anunciado en un principio y contraviniendo el generoso gesto del presidente Cárdenas, la legación mexicana en París estaba seleccionando a los exiliados al margen de estos criterios, dejándose guiar por otros estrictamente políticos y partidistas³⁸. Se llegará incluso a afirmar que la Embajada de México en Francia, saltándose todas las normas del derecho internacional, estaba haciendo dejación de sus obligaciones y permitía que fuesen los propios líderes comunistas españoles, Negrín y Álvarez del Vayo, los que seleccionaban las personas a quienes se concedía el visado. La preferencia por los comunistas se explicaba además, según la prensa conservadora, por el hecho de que Bassols, encargado por el gobierno mexicano de tramitar los visados a los republicanos españoles, era poco menos que un agente comunista al servicio de Moscú.

Frente al peligro rojo que, según la prensa conservadora, suponían los comunistas españoles, la prensa más cercana ideológicamente a la izquierda comenzó a airear en los primeros meses de 1939 el peligro que representaba la presencia en México de una organización fascista extranjera, la Falange Española³⁹. El peligro no eran los comunistas españoles, sino los fascistas españoles, a diferencia de los primeros encuadrados en una estructura cuasimilitar y con una explícita política de expansión imperial hacia los territorios de lo que había sido la antigua Monarquía (la prensa más popular llegará a incluir titulares como “ESPAÑA INTENTARÁ RECUPERAR SUS COLONIAS”⁴⁰). Más peligrosos aún, desde la perspectiva de la izquierda, porque podían encontrar apoyos en el reaccionarismo criollo que con tanto ahínco se había opuesto en el pasado, y se seguía oponiendo en el presente, al avance de las ideas de progreso e igualdad que la revolución había implantado. Una vez más el viejo fantasma de la alianza entre los conservadores mexicanos y la reaccionaria colonia española⁴¹.

³⁷ “Sección editorial. Los inmigrantes españoles”, *El Universal Gráfico*, 18 de abril de 1939.

³⁸ “Sección editorial. Lo que debe venir y lo que no debe venir de España”, *El Universal*, 5 de junio de 1939.

³⁹ Para la Falange Española en México, véase PÉREZ MONTFORT, Ricardo, *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

⁴⁰ *La Prensa*, 14 de abril de 1939.

⁴¹ “Opinión editorial. Justa advertencia de México”, *El Nacional*, 1 de abril de 1939.

El problema falangista se fue agriando con gran rapidez, ya a finales de marzo la Secretaría de Gobernación había citado a sus responsables para advertirles que cualquier acto de agitación callejera sería castigado con la expulsión inmediata del país. Estalló definitivamente con la celebración por la Falange de un banquete, el día dos de abril en los locales del Casino Español, con exhibición de uniformes falangistas y requetés, saludos brazo en alto, banderas en los balcones de la calle Isabel la Católica, presencia de representantes diplomáticos de las potencias fascistas, Alemania, Italia y Japón, etc. El gobierno, a través de la Secretaría de Gobernación, emite una nota en la que se niega cualquier reconocimiento jurídico a la Falange Española Tradicionalista y de las JONS y reitera su profundo desacuerdo con aquellos puntos programáticos que tienen que ver con una supuesta comunidad de hispánica de naciones⁴². Al día siguiente el líder de la CTM, Lombardo Toledano, en una entrevista publicada en *La Prensa*, exige al gobierno la ilegalización de una institución, cuyo carácter armado y retórica imperialista va en contra de la independencia nacional. Pero el argumento de fondo del líder obrero es el carácter fascista de una organización, cuyo enemigo principal son las organizaciones obreras. La huelga en el sector panadero, que estaba teniendo lugar por esas mismas fechas, hizo derivar rápidamente el problema falangista hacia un típico conflicto de comunistas contra fascistas, tan habitual en esos años, en la que estos últimos, la Falange Española, aparecía como una fuerza de choque al servicio de los empresarios. Había, bien es cierto, una extraña peculiaridad, tanto los empresarios como la fuerza de choque eran extranjeros, gachupines.

Menudearon los enfrentamientos entre falangistas y cetemetistas, incluidos los apedreamientos del Centro Asturiano y el Casino Español. El Gobierno optó, finalmente, el día 4 de abril, por la aplicación del artículo 33 a Villanueva, Riestra y Celorio, líderes de la Falange Española en México, y apenas un mes más tarde, el 9 de mayo por la disolución de la misma.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN.

Las radicalizadas posturas frente al exilio republicano se fueron dulcificando con gran rapidez. La prensa de derechas, tradicionalmente hispanófila, recuperó en un muy corto periodo de tiempo la ya habitual favorable imagen de los españoles. Pasado el susto de los puños en alto del “Sinaia”, los siguientes desembarcados vuelven a ser españoles y no rojos;

⁴² *Declaración de la Secretaria de Gobernación*, 3 de abril de 1939.

y, por lo tanto, para estos sectores de opinión, con una imagen casi ideal⁴³. Hasta el calificativo de comunistas que se les había aplicado en un principio comienza a aparecer como un engaño interesado de círculos políticos mexicanos⁴⁴.

La prensa conservadora dejó de interesarse por los enfrentamientos entre la vieja colonia y los nuevos españoles del exilio. Incluso ya a partir del verano de 1939 es claramente perceptible el interés de los periódicos de este grupo en mostrar el acercamiento que se estaba produciendo entre ambas comunidades. Todos los periódicos destacan el hecho de que en las fiestas de Covadonga, la fiesta emblemática de la vieja colonia española, de septiembre de ese año actuó la banda “Madrid”, formada por exiliados republicanos bajo la dirección del maestro Oropesa y comienzan, incluso, a ser habituales las noticias en las que se muestra la solidaridad de los españoles ya asentados en país con los exiliados republicanos.

Por otra parte, son ahora los periódicos conservadores, a diferencia de lo que había ocurrido en los primeros meses, los más interesados en destacar las inversiones del exilio español. Los exiliados dejan de ser considerados como competidores de los trabajadores mexicanos y retoman su antiguo papel de empresarios creadores de riqueza⁴⁵.

El proceso se acelera con gran rapidez y ya en los primeros años de la década de los cuarenta es claramente perceptible la simpatía de la prensa más conservadora hacia el exilio republicano, que, finalmente, estaba resultando bastante más moderado que los peligrosos rojos comunistas de los que se había hablado en un principio. Hay incluso como una especie de satisfacción, como si al fin el viejo sueño criollo se hubiese hecho realidad: los inmigrantes españoles habían dejado de ser los incultos peninsulares que las élites mexicanas habían tenido que soportar durante siglos, aunque zafios eran blancos y españoles, y ya no sólo eran españoles sino españoles perfectamente presentables en sociedad.

El choque del exilio fué mucho más fuerte, y de consecuencias mucho más duraderas, en el imaginario de la izquierda mexicana. El antigachupinismo, que había sido casi una seña de identidad, primero del liberalismo decimonónico y después de los revolucionarios del siglo XX (todavía entre los seguidores de Zapata, en el conflictivo Estado de Morelos, un lugar emblemático del conflicto gachupín, pudo escucharse el grito de “muerte a los gachupines”), tiene que enfrentarse a unos españoles que son de los suyos. No son los habituales

⁴³ “Visten con modestia, llevan ropas humildes pero, eso sí, las portan bien limpias y con toda dignidad [...]. Sin humildad, pero tampoco con soberbia, los refugiados prontamente se han mezclado con el pueblo jarocho” (SÁNCHEZ TORRES, Eduardo, “Refugiados españoles en las playas veracruzanas”, *El Universal*, 3 de agosto de 1939).

⁴⁴ “Refugiados”, *El Universal Gráfico*, 8 de agosto de 1939

⁴⁵ “Inversiones de los refugiados”, *El Universal Gráfico*, 31 de agosto de 1939.

abarroteros, prestamistas o capataces de haciendas, sino intelectuales. Hay una especie de subterfugio ideológico que, en el imaginario de esta izquierda, convierte a los exiliados republicanos en algo diferente los “gachupines”. Son españoles no gachupines, y el viejo y peyorativo epíteto pasa a denominar, no un origen nacional, sino casi una categoría moral.

España, palabras de Carlos Fuentes, con el exilio republicano deja de ser, y cito de memoria, esa “vieja puta mendiga sentada a las puertas de una iglesia”. Un frase que no dice nada de España, pero, a cambio, refleja perfectamente la imagen que de España se hace de alguien socializado en el discurso de la izquierda intelectual mexicana.

Lo paradójico del caso es que, muy probablemente, y este es un estudio estadístico que está sin hacer, muchos de estos españoles exiliados, posiblemente la mayoría, acabaron ajustando su vida mucho más al viejo modelo del gachupín emprendedor, del empresario que logra abrirse camino en el mundo de los negocios, que a la del intelectual dedicado a la ciencia por el bien de la humanidad que la hagiografía del exilio nos ha transmitido. Pero los imaginarios, la retórica en definitiva, no son reflejo de la realidad, sino creadores de realidad.

Ya desde una perspectiva más amplia, el exilio tuvo también una importante influencia en el debate sobre el hispanoamericanismo y el panamericanismo. Si durante el siglo XIX y primeros años del XX hubo un posicionamiento claro y estanco en la vida pública mexicana fue el que enfrentó a liberales y conservadores en torno a estos dos conceptos, convertidos prácticamente en seña de identidad de unos y de otros. Ser liberal significaba ser panamericanista, una forma de oponerse a la vieja España inquisitorial y católica; mientras que ser conservador significaba, por el contrario, ser hispanoamericanista, una forma de oponerse al imparable avance de la cultura protestante anglosajona. Es cierto que los liberales siempre habían tenido problemas con el expansionismo norteamericano, al fin y al cabo la pérdida de los territorios del Norte (California, Nuevo México, Arizona y Tejas) es uno de los elementos centrales de la liturgia dramática del nacionalismo mexicano; también que este expansionismo se volvió un problema más acuciante con la deriva imperialista de los Estados Unidos a partir de su victoria sobre España en el noventa y ocho; pero no es menos cierto que la llegada del exilio ofreció a los herederos del liberalismo decimonónico un hispanoamericanismo alternativo, tanto al cada vez más temible panamericanismo norteamericano, como al caduco hispanoamericanismo católico español. El exilio, o mejor la Guerra Civil pero resulta difícil separar uno de otra en su influencia sobre las relaciones México-España, mostraba que la cultura española podía ser más que la Inquisición y el rezo del rosario; podía ser también Machado, Alberti, Azaña, etc.